

# CUADERNOS DE HISTORIA 47

DEPARTAMENTO DE CIENCIAS HISTÓRICAS  
UNIVERSIDAD DE CHILE - DICIEMBRE 2017: 141-163

---



## NOTAS PARA UNA GENEALOGÍA DEL PENSAMIENTO CONSERVADOR\*

*Marcos García de la Huerta\*\**

**“Cada cosa se esfuerza cuanto puede en perseverar en su ser”**  
( Espinoza, *Ética según el orden geométrico*. Proposición VII)

**“Basta con eso de andar corriendo de un lado para otro.  
Estamos hastiados del progreso. Queremos detenernos”**  
(Heidegger, *Cuadernos negros*, I, p. 38)

RESUMEN: Es posible aislar ciertos núcleos conceptuales recurrentes en algunos historiadores de la política y configurar una suerte de modelo de “pensamiento conservador”. La “genealogía”, junto con resaltar el carácter relacional del “conservadurismo” político, enfatiza su carácter agonístico y su anclaje institucional; sugiere la hipótesis de un “momento conservador”, que correspondería a una recomposición institucional. Esta hipótesis atenúa el protagonismo de los sujetos y cuestiona el poder constituyente del “ideario conservador”, salvo el que posee en el orden jurídico-constitucional. En lugar de situar dicho “ideario” en el origen del Golpe, la “genealogía” invierte el argumento y sugiere que la dictadura provoca un efecto de iluminación del pasado, procurando una articulación y sentido unitario a autores que presentan diferencias significativas, a pesar de sus afinidades; permitiría, en fin, la “genealogía”, desmarcarse de nociones como “ideario” y modelo de pensamiento, que remiten a una filosofía de la conciencia.

\* Versión corregida del texto leído en Homenaje a Carlos Ruiz en Academia de Humanismo Cristiano (2016).

\*\* Profesor Titular. Departamento de Filosofía. Universidad de Chile. Correo electrónico: marcos.garciadelahuerta@gmail.com

PALABRAS CLAVE: conservadurismo, liberalismo, genealogía, historia política, institucional.

#### NOTES FOR A GENEALOGY OF CONSERVATIVE THOUGHT

*ABSTRACT: One may isolate recurring conceptual nodules in the work of some political historians so as to configure a model for conservative thinking. The notion of 'genealogy' exposes the relational nature of political conservatism, and emphasizes both its agonistic character and institutional anchorage. One may then hypothesize a 'conservative moment' which would correspond to an institutional refashioning. Such an hypothesis dilutes the protagonism of individual subjects and questions the constituent power of a conservative corpus of ideas, except for the one discernible in constitutional affairs. Instead of importing those ideas into a coup d'etat, a genealogical approach reverses the argument and suggests that the dictatorship illuminates the past, bestowing a unifying articulation and meaning to authors who, in spite of their affinities, exhibit significant differences. This genealogical approach also sidelines notions like 'corpus of ideas' or 'models of thought' that pertain to the philosophy of mind.*

*KEY WORDS: conservatism, liberalism, genealogy, political history, institutional.*

Recibido: junio 2017

Aceptado: septiembre 2017

### Introducción

En lo que sigue, apenas alcanzaré a rozar algunas de las cuestiones que Carlos Ruiz plantea sobre el pensamiento conservador, con especial referencia al libro que publicó junto con Renato Cristi: *El pensamiento conservador en Chile* (1992). El “conservadurismo” se aborda allí a través del pensamiento de los historiadores de la política, un tema que sigo desde hace tiempo, y por mucho que apueste a la neutralidad, es casi seguro que pondré algo de mi cosecha en esta presentación, quizá más de lo aconsejable. El encabezado de estas “notas” parece anunciarlo, porque el discurso “genealógico”, no por tentativo y experimental deja de ser escrutador y crítico. Pero “crítica” no significa aquí refutación sino más bien multiplicación del sentido y diversificación de las posibilidades de comprensión.

El lugar común de estas reflexiones es que “conservador” es un término *relacional*, más político que ideológico, que se define en un campo de fuerzas; no es un universal genérico sino una noción que se precisa en un espacio agonal frente a un oponente o adversario. No significa siempre lo mismo: un motivo “conservador” puede ser incluso “emancipador” en otra red de relaciones; en este sentido, es una noción diferencial, comparativa, no ontológica. “Conservador” se ha ganado un lugar en la demonología del lenguaje político, en parte, porque se lo asocia con una disposición a la aceptación de lo existente, que es autodestructiva, porque el mundo humano, si no es intervenido y alterado para recrearlo, quedaría sometido a la erosión inexorable del tiempo; y en parte también, porque “conservador” se entiende en contraposición a “liberal” y “progresista”, a “libertad” y “progreso”: los baluartes de la república moderna y la lucha contra el antiguo régimen.

Pero caracterizar un tipo de *pensamiento* supone algo más que identificar una tendencia o disposición; implica al mismo tiempo, determinar puntos de convergencia, ideas compartidas, afinidad de juicio entre distintos “conservadores”; y eso resulta difícil tratándose de figuras complejas, como las aquí analizadas. Mario Góngora, por ejemplo, simpatizó en un momento con el Partido Comunista, siendo un católico observante. El mismo Encina, a quien fácilmente se le identifica como un “conservador” a carta cabal, en algunos aspectos, como en su pensamiento económico, muestra una vena pragmatista, que lo diferencia del “conservadurismo” de Jaime Eyzaguirre, un devoto hispanista convencido. Alberto Edwards es quizá el más heteróclito de los cuatro, y algunos niegan que sea propiamente un historiador.

Mi lectura de la segunda edición de *El pensamiento conservador en Chile*, ha sido diferente a la de hace veinticuatro años, a pesar de que reproduce el contenido de la primera, agregando un apéndice sobre Jaime Guzmán y su relación con el ideario de la dictadura. Pero era evidente este vínculo en la primera versión, así que la diferente lectura la atribuyo sobre todo al hecho de que en este cuarto de siglo cambiaron las coordenadas del mundo y con ello también lo que se suponía debía “conservarse” o “revolucionarse”. En el siglo XIX, “conservador” se contraponía a “liberal”; en el XX, se entendió opuesto sobre todo a “socialista” y con la crisis de los socialismos y el fin de la Guerra Fría, se ha producido una reconfiguración del espectro político; los opuestos se han ido desperfilando y perdiendo especificidad. Los dos términos originales, liberal/ conservador, con solo agregarles el prefijo *neo*, designan la misma doctrina. “Conservadurismo” se entiende ahora opuesto a “reformismo” y “progresismo”, incluso a *cambio*, una palabra convenientemente vacía y genérica como para que cada uno pueda llenarla a su gusto y expectativas, en el entendido de que de todos modos, lo que salga va a ser mejor que lo

que había. La idea de “revolución”, a su vez, no se entiende asociada solo a *socialista*: es posible una “revolución conservadora”. Un ejemplo singular de esta babelización del mundo lo procura la intervención del secretario general del Partido Comunista chino en el reciente Foro Económico Mundial celebrado en Davós, al defender la libertad de comercio, polemizando en sordina con su homólogo, el Presidente de EE.UU., convertido en paladín del proteccionismo, enemigo de la globalización<sup>1</sup>. El acercamiento entre los dos bloques que dividían América Latina –la Alianza del Pacífico y el Mercosur– es otro ejemplo de este fenómeno de fusión y confusión de las lenguas.

Los únicos tópicos donde “conservador” mantiene una univocidad engañosa son los llamados “asuntos valorativos”, que se afilian a una ontología o a una creencia religiosa. Para el sujeto de la fe, la verdad es una sola y es la suya; las precisiones están de sobra. Pero en los asuntos públicos, la equívocidad es regla; de hecho hay un “conservadurismo” en la izquierda y un “reformismo” y “progresismo” en la derecha. La izquierda erradicó de su léxico la palabra *ruptura*, en tanto la derecha incorporó en el suyo la “revolución conservadora”. Esta fusión semántica es un signo de que los viejos antagonismos tenían más carácter político del que solían atribuirles los ideólogos, y muestra, por otra parte, que “el fin de las ideologías” (Bell) significa, antes bien, una pérdida de protagonismo, pero a la vez, ha sido un gran estímulo de la acción instrumental y un formidable impulso al oportunismo.

La pregunta, entonces, es hasta qué punto mantienen vigencia los esquemas maniqueos que polarizaron el mundo de la Guerra Fría. Es una pregunta que me hago también a mí mismo, porque en el análisis del “conservadurismo” de Mario Góngora, yo convenía en el protagonismo que él le atribuye al Estado. Pero la *hybris* del mercado desbarata esa tesis: el Estado, lejos de permanecer al margen de la descomposición de la política, está en su mismo centro; la política no es inmune a la privatización y a la degradación de las instituciones. El prurito liberal, según el cual, *el Estado no debe intervenir en la economía*, se confirma en cierto modo a sí mismo, si el Estado se convierte en agente del mercado e interviene para *crearlo*. El neoliberalismo en este aspecto no es, como creía Góngora, solo “una ideología anti-estatal” sino un proyecto de neutralización y anulación de la política, que pasa por la instauración de una nueva hegemonía. No ha habido modernización del Estado y quienes más entusiastamente la voceaban y coreaban, la entendían por lo visto, como la conversión del Estado en autoservicio. No es necesario, por lo demás, que una

<sup>1</sup> El Presidente Xi Jinping advirtió que en las guerras comerciales nunca hay un claro ganador y que no hay que culpar de todo a la globalización.

institución “persiga fines de lucro” para que se desvirtúe o corrompa<sup>2</sup>. El Estado “el más frío de los monstruos fríos” (Nietzsche), “es la sustancia ética de la nación”, según Hegel. Parece una ironía siniestra, si se identifica ética con *moral*, pero Hegel las distingue: la moral regula las acciones individuales, en tanto el Estado y lo público son expresiones éticas en el sentido que traducen un *ethos*, una disposición, que es atributo de un conjunto. La afirmación vale también si la nación pierde “sustancia” y el Estado se convierte en “esbirro del capital”.

¿Cuál es, entonces, el horizonte de comprensión del “pensamiento conservador” en un mundo babelizado, en el que el cambio se ha convertido en algo tan evidente que se corre el riesgo de olvidar también qué es lo que ha cambiado?

Carlos Ruiz apunta a esta dificultad cuando afirma: “no es fácil caracterizar, aunque sea someramente, el concepto de pensamiento político conservador”. “Numerosos autores... subrayan el carácter difuso, fragmentario y coyuntural de este tipo de ideas políticas... Sin embargo, hay por lo menos un rasgo común a este tipo de ideologías: una oposición sistemática respecto del liberalismo, la democracia y la articulación de ambos en la democracia liberal”<sup>3</sup>. Esta precisión no despeja del todo la dificultad, porque la oposición a la democracia y al liberalismo no es un rasgo exclusivo del “pensamiento conservador”; en el extremo opuesto del espectro ideológico, se da también un rechazo de la democracia liberal y del liberalismo en general.

El texto propone un segundo criterio; a propósito de Alberto Edwards, señala que interesa estudiar “el sistema de ideas que sostiene” la obra historiográfica de estos autores, su “visión interpretativa global”. “Coincido, en este punto, agrega, con la distinción elaborada por Mannheim entre ‘tradicionalismo’, es decir, una actitud subjetiva e inconsciente frente al cambio social, y ‘pensamiento conservador’, que él mismo define como una postura razonada y consciente frente al cambio social, y que se expresa como concepción sistemática del mundo”<sup>4</sup>. Esta precisión tampoco disipa todas las dudas: ¿Hasta qué punto

<sup>2</sup> Solo tres ejemplos: el Servicio Nacional de Menores (Sename), encargado de proteger la infancia, ocultaba redes de prostitución y abuso infantil; fue acusado de ocasionar la muerte de centenares de niños en una década. Solo por denuncias de prensa salió a la luz su prontuario terrorífico. La Oficina Nacional de Emergencia del Ministerio del Interior y Seguridad Pública (Onemi), encargada de la seguridad en casos de emergencia, proclamó que el maremoto de 2010 no llegaría a nuestras costas, a pesar de las evidencias en contrario: su mentira piadosa costó cientos de vidas. El director de la Corporación Nacional Forestal (Conaf), institución encargada de la protección del bosque, dictaminó, durante los incendios de 2017, que “los aviones grandes no sirven aquí”. El retardo de su llegada costó seiscientos mil hectáreas de bosque arrasadas.

<sup>3</sup> Ruiz y Cristi, 2015, p. 51 y p. 173.

<sup>4</sup> Mannheim, 1971, citado en Ruiz y Cristi, 2015 p. 21.

las concepciones del mundo muestran tal sistematicidad? Suponiendo que así fuera ¿por qué asimilar el “pensamiento conservador” a una visión del mundo? El conservadurismo ontológico, de origen religioso, quizá muestre tal sistematicidad, pero es difícil hallar plena coherencia en el pensamiento de un autor, donde se expresan sus “posturas más razonadas”, y mayor la dificultad de hallarla en un ideario compartido por varios o muchos. El “conservadurismo” chileno se caracteriza, justamente, por su carácter mixto: es una combinación de “liberalismo” y “conservadurismo”, un “liberalismo conservador”, según los autores. Algunos motivos “conservadores” pueden servir objetivos “progresistas” y causas “emancipadoras”; es el caso de la cuestión de las identidades. El reclamo de derechos de una minoría, se suele estimar una causa “conservadora”. ¿Cómo calificar, entonces, la acción de un Estado que niega o reprime esos reclamos, en nombre de la homogeneidad nacional o de su unidad? Recíprocamente, si la igualdad jurídica de los sujetos es un principio fundamental del liberalismo político, cualquier “discriminación positiva” que favorezca una minoría sería y no sería “liberal”, pues iguala a los diferentes, privilegiando la diferencia.

A pesar de estas dificultades, Carlos Ruiz ha logrado avanzar mucho en la caracterización del “pensamiento conservador” chileno como un *corpus* o modelo de pensamiento. “Es necesario admitir, señala la *Introducción*, que estos autores han intentado también aplicar ideológicamente su pensamiento a las circunstancias históricas en que han vivido. Nuestro trabajo no descarta esa proyección... La consideramos, sin embargo, solo en cuanto sirve para esclarecer su posición teórica”<sup>5</sup>. Se trata, pues, de identificar ciertos núcleos conceptuales en los que convergen estos autores, y en función de los cuales es posible caracterizarlos, justamente, como *conservadores*.

En *La fronda aristocrática*, Alberto Edwards construye un relato que articula el conjunto de la historia del siglo XIX y parte del XX. Encina y Góngora concuerdan con Edwards en que Portales es la figura emblemática del primer siglo y medio de vida republicana, una suerte de *homo nationalis* (Balibar) o como el *Urphänomen* de Goethe: un fenómeno concreto - un hombre singular en este caso-, que reviste un carácter arquetípico, es excepción y a la vez, *tipo*. Reúne la apariencia y el significado, el fenómeno y el concepto; en este sentido, podría hablarse de un “momento portaliano”, no circunscrito al tiempo en que vivió ese sujeto con nombre propio, de carne y hueso, que no fue, dicho sea de paso, un “conservador” libidinal.

<sup>5</sup> Ruiz y Cristi, 2015 p. 18.

En el Prefacio a la 2ª edición, se lee: “el propósito al publicar este libro, veintitrés años atrás, fue sistematizar y exponer críticamente las ideas de un grupo de pensadores que había contribuido a la formación de un importante cuerpo de ideas de orientación conservadora en Chile. Pensamos entonces que la convergencia de dos vertientes de ese ideario conservador, nacionalismo y corporativismo, podía explicar tanto la génesis del golpe militar de Pinochet como la constitución política del nuevo régimen”<sup>6</sup>. Jaime Guzmán habría logrado la síntesis de esas dos vertientes del *conservadurismo* con un nuevo elemento: el neoliberalismo, que “irrumpió en Chile con la presencia de economistas de la Universidad Católica con estudios de posgrado en la Universidad de Chicago”. ... “Todos los autores estudiados manifestaron admiración por la figura de Portales, y [a] Guzmán, en particular, ... se le ha identificado como el Portales de Pinochet. Por nuestra parte, al criticar esta corriente de pensamiento lo hacemos con el mismo espíritu que guió a José Victorino Lastarria en su crítica al régimen portaliano”<sup>7</sup>.

Habría, pues, una confluencia y continuidad en estos pensadores, que permitiría hablar en singular de *el* “pensamiento conservador”. El libro consigue, en efecto, definir algunos tópicos que sustentan esta tesis: algunos motivos centrales del “conservadurismo” chileno del siglo XX resurgen y son reacuñados en la “Declaración de principios” de la dictadura. En esta perspectiva, los pensadores analizados aparecen como *precursores* de la dictadura y su régimen discursivo. Su principal ideólogo e impulsor, Jaime Guzmán, sería la “eminencia gris” del régimen. De hecho fue quien indujo a Pinochet a procurar un marco y estructura constitucional a un gobierno cuya continuidad habría quedado amenazada, desde luego, por los mismos militares, que en los regímenes sin ‘fuerza de ley’, siempre están listos a acudir con la suya para remediar la carencia.

Guzmán sería la coronación y último aporte de capital simbólico a un fondo acumulado a lo largo del siglo. El monto inicial lo habría aportado el *genio* fundador, Portales, que supo en su momento, resistir los cantos de sirena democratizadores, y forjar un cuerpo político relativamente estable, evitando el caos y la anarquía en que se precipitó gran parte del “resto” del continente, según la imagen forjada por Edwards en *La fronda*, donde la figura del Ministro adquiere la dimensión de un mito fundacional. Los mitos no envejecen: en el siglo XX, continúa engrosándose este “fondo” con los aportes de sus principales cotizantes, los antes nombrados, Edwards, Encina, Eyzaguirre y Góngora. Al cabo, el capital acumulado tiende a definir un marco estructurador, una suerte

<sup>6</sup> Ruiz y Cristi, 2015, p. 18.

<sup>7</sup> Ruiz y Cristi, 2015 p. 9.

de imperativo *portaliano*. La figura de Portales prefigura la de Guzmán y lo conservado es el poder, con la eficacia de un hecho con el que hay que contar<sup>8</sup>.

Si Guzmán mismo no imaginó ser un segundo Portales, Pinochet sí imaginó ser una réplica de Bernardo O'Higgins: se autonombró "Capitán General" del Ejército, el título que solo había detentado anteriormente el propio O'Higgins después de Pedro de Valdivia. El nuevo Capitán General hizo grabar con grandes letras en la cabecera del salón de plenarios del edificio Diego Portales, la inscripción "1810-1973 Independencia de Chile". Ese edificio, que antes se llamaba Gabriela Mistral, fue rebautizado con el nombre del héroe civil del Estado y convertido en Sede de Gobierno: el Palacio de la Moneda se hallaba en ruinas.

A pesar de permanecer aún bajo el efecto de persuasión de la tesis de este libro, intentaré articular algunas ideas que pueden complementar algunos aspectos, delimitar el alcance de otros y esbozar –por qué no– alguna mirada distinta. Me pregunto, si no es posible invertir el argumento y considerar que la dictadura provoca un efecto de iluminación retroactiva del pasado, procurando una articulación y sentido unitario a autores que presentan, a pesar de sus afinidades, diferencias significativas. El "hispanismo" de Eyzaguirre, por ejemplo, funciona como motivo "conservador", pero no ocurre lo mismo con Encina, cuyo anti-hispanismo es manifiesto y lo resalta bien Carlos Ruiz. Otro tanto vale para el "estatismo" de Góngora, que está muy lejos del "socialismo", que él asocia a las "planificaciones globales". Las políticas de "sustitución de importaciones", que se implementaron hasta los años sesenta, también son ilustrativas: ¿eran "progresistas" porque "antiimperialistas" o "conservadoras" porque "proteccionistas"? Los universales como "conservadurismo", "proteccionismo", "nacionalismo", se pueden utilizar como referentes de una crítica histórica o bien partir de esos conceptos para ver qué historia es factible con ellos.

La hipótesis de un *efecto de culatazo* o de retro-iluminación, expresa en realidad una desconfianza: ante la pretensión de que la política se alinee dócilmente con las ideas y que una vez pensada, "la realidad no puede resistirse". Hegel creía en ese poder de las ideas, y es posible que haya llegado a la convicción de que "todo lo racional es real"<sup>9</sup>, pensando en la Revolución francesa y en Rousseau y Montesquieu, como sus *precursores*. Me parece que en esto hay una ilusión, un prejuicio quizá, que la filosofía y en particular la filosofía de la

<sup>8</sup> La metáfora del *fondo* simbólico la sugiere este pasaje: "La *contribución* de la revista *Estanquero* al *acervo* conservador chileno se expresa en el intento de formulación de un proyecto nacionalista" (Ruiz y Cristi 2015, p. 103).

<sup>9</sup> Hegel, 1996.

historia, arrastran desde Platón. “Omnipotencia de las ideas”, llamó Freud a esta ilusión, un residuo arcaico del pensamiento mágico, según él; en la filosofía de la historia, logra algo jamás imaginado por Freud: colonizar el acontecimiento, adoptarlo como hijo de la razón, a costa de restar especificidad a la política.

Cuando Hegel *encauza* la totalidad del pasado desde el atalaya de la Revolución francesa, realiza una operación de apropiación filosófica de este tipo: permite un juicio acerca del pasado en su conjunto, asumiendo el papel de funcionario del espíritu. El encadenamiento de las ideas, sin duda, arroja una luz sobre el acontecimiento, pero lo reduce a idea. Guiándose por esa secuencia, se oculta lo político: la polarización social previa, la agudización del conflicto, la exacerbación de la pugna ideológica. En una palabra, la *Realpolitik* queda expurgada, purificada, y exculpados los actores de carne y hueso. El *efecto culatazo* de la dictadura consistiría, pues, en hacer aparecer el Golpe como el compendio y decantado de un arsenal de *representaciones*. La invocación del “espíritu de Lastarria”, plenamente justificado en el marco de la recuperación de la democracia ¿no oculta al mismo tiempo, el antagonismo, impidiendo aprender del acontecimiento y desprender de él *todas* las lecciones?

Si la cuestión se plantea en términos de una *genealogía* del “pensamiento conservador”, es decir, como la construcción de un relato en el cual lo “conservador” no es un universal genérico, invariante, sino un concepto singular, que se define dentro de un campo de fuerzas, en vista de determinados objetivos, lo “conservador” perderá univocidad pero ganará en diversidad y presentará distintos rostros. Significará: *proteccionismo* en lo económico, *nacionalismo* y/o *corporativismo* en lo político, *hispanismo* en lo cultural, *conservacionismo* en lo ambiental, ¿*catolicismo* en lo religioso? La religión es una matriz de pensamiento no derivada de la razón ni asimilable a una forma de conocimiento; permea la cultura en su conjunto. En todo caso, no se es “conservador” *a todo evento*, por así decir, sino solo para ciertos efectos. El pensamiento de estos historiadores es “conservador” sobre todo en lo político, en lo económico, es más bien “liberal”. Lo que ellos destacan en la figura de Portales, es la síntesis liberal-conservadora, es decir: régimen autoritario y libertad de comercio. El *Estado portaliano* consistiría en la combinación de autoridad centralizada y fuerte, característica del antiguo régimen, con las formas e instituciones republicanas. Encarna, en buenas cuentas, el doble papel de adversario y heredero de la Corona: porta el principio generador suyo –la monarquía–, y en sus crisis vuelve a ella, como a la solución política a la que se debe.

*Un ‘momento conservador’*

Tomaremos como término de comparación otra vertiente del “pensamiento conservador”, la que surgió en Alemania en el siglo pasado, y se la ha asociado al nazismo; entre sus representantes se cuentan figuras muy influyentes, como Heidegger, Carl Schmitt, Ernst Jünger y Arnold Gehlen, entre otros. Algunos de ellos mostraron, en efecto, cierta complacencia con el régimen nacional-socialista e incidentalmente colaboraron en él. Habermas<sup>10</sup> los llamó “mandarines alemanes”, un nombre nada casual: la palabra *mandarin*, del portugués *mandarim*, significa el que manda. En la China imperial, los mandarines aparecían como mandantes, pero en realidad eran mandados, porque el emperador no ejecutaba él mismo las decisiones, lo hacía por intermedio de esa elite de burócratas letrados, que investían con su prestigio y dignidad las órdenes reales. Los mandarines solo actuaban como vicarios del poder. Algo análogo ocurre con los “mandarines alemanes”, que se mantuvieron al margen del aparato oficial del poder, salvo contadas excepciones. Lo que se ha llamado con ironía “nazismo espiritual” apunta justamente a una forma indirecta de intervención en la política. Salvo Schmitt, que es un pensador político, los otros nombrados no piensan la política como tal, tratan de ella a propósito de otros asuntos. El caso de Heidegger es ilustrativo, porque él pretende que la política “carece de verdad”, es pura *habladuría* y, sin embargo, el nacional-socialismo sería la excepción, porque contiene una “verdad interna”, inaccesible a los actores, “gente demasiado menesterosa en cuanto al pensar”<sup>11</sup>.

Pretender que el nazismo *deba su existencia* a esa tradición intelectual o que ésta sea en algún sentido, *causa* de aquel, sería descaminado. Algunos de los representantes de la *Revolución conservadora*, como también se la ha llamado, no solo le procuraron cierta dignidad a la ideología oficial, sino que adhirieron al régimen y participaron en él, incidentalmente en ciertos casos, como el de Heidegger, y más sostenidamente, en el de Schmitt. Hannah Arendt llegó a sostener que “el nazismo no debe nada a ninguna parte de la tradición, sea germana o no, sea católica o protestante, sea cristiana, griega o romana”<sup>12</sup>. El totalitarismo sería una “novedad radical”, tesis que ella hizo extensiva al régimen estalinista, lo que resulta insostenible. En esto, se corrigió: [el estalinismo] es “el único elemento que tiene tras de sí una tradición respetable... el marxismo”<sup>13</sup>. La relación con

<sup>10</sup> Habermas, 2000.

<sup>11</sup> Heidegger, 1976.

<sup>12</sup> Arendt, 2005, p. 137.

<sup>13</sup> Arendt, 1996, Prefacio.

la política en nuestros historiadores es diferente; desde luego, ninguno de ellos, salvo Góngora, fue contemporáneo de la dictadura; y no participó en ella, incluso la rechazó, paradójicamente, por una razón “nacionalista” y “conservadora”. El neoliberalismo representaba, según él, un intento de imponer una “ideología anti-estatal en una nación creada por el Estado”; rechaza por anti-histórica “la tentativa de hacer tabla rasa del pasado”<sup>14</sup>.

Se da la paradoja, por otra parte, que los historiadores analizados admiten como referente principal el régimen político instaurado en el siglo XIX, mientras que Ruiz y Cristi delimitan su estudio a pensadores del XX. ¿Qué significa que los “conservadores” del siglo XX tengan por modelo y referente un régimen del XIX? El texto citado del Prefacio señala que la “convergencia de dos vertientes” del pensamiento conservador puede “explicar tanto la génesis del golpe militar de Pinochet como la constitución política del nuevo régimen”. Pero ¿hasta qué punto, el “ideario conservador” tiene tal poder constituyente, más allá del que se le reconoce en el orden jurídico-constitucional? Jaime Guzmán es la “eminencia gris” del régimen, por lo menos del régimen constitucional, pero si él es la réplica de Portales y el “pensamiento conservador” está en la génesis de la dictadura, se ratifica en el orden simbólico el carácter fundacional que Pinochet asignaba a su régimen; se extendería el “gris” de la “eminencia” a los precursores, multiplicando la figura de los “cómplices pasivos”<sup>15</sup>.

Sería posible, entonces, postular un “momento conservador” recurrente, en el que se destacan dos figuras centrales: un general y su acólito; el acólito dicta el libreto o escribe él mismo la trama, *manu militari*. La dupla inicial Prieto-Portales, se replica un siglo después en la de Ibáñez-Edwards y, finalmente, en la de Pinochet-Guzmán. Es tentadora esta hipótesis, porque restituye su lugar a la política. “Momento” apunta, precisamente, a un escenario que rebasa a los

<sup>14</sup> Góngora, 1986, p. 301.

<sup>15</sup> Si uno no cree en el “genio” de Guzmán, como es mi caso, pero sí en su sentido común, tiende a pensar que respondió a una exigencia del momento. Una crisis política extrema es la coyuntura ideal para “construir mercado”: lo afirman los teóricos neoliberales; solo en esa situación el ciudadano común acepta cualquier cosa. La misma receta se aplicó en Alemania de postguerra, un país con una larga tradición de pensamiento económico. *Shock* es la palabra que nombra esa política. Significa “golpe”: el golpe de mercado es el corolario y complemento del golpe militar. A quien le resulte *chocante* esto, le recomiendo leer la descripción que hace Sebastián Edwards del clima de ciega arrogancia reinante en Dirinco, el organismo encargado de la fijación de precios, durante la Unidad Popular: era, por así decirlo, la sala de máquinas del Titanic y sus funcionarios siguieron con su música hasta el final, sin pertenecer a la orquesta (S. Edwards, 2016). Las privatizaciones se pueden leer también como un recurso para apuntalar una dictadura que tambaleaba. La misma lectura sintomal vale para la *Declaración de Principios* de la Junta Militar: un panfleto confeccionado a medida para dar sustento racional al régimen.

sujetos y las ideas; las figuras cambian, pero la escena permanece con distinto decorado. El “momento portaliano” correspondería a la institucionalización y estabilización que sigue a una ruptura. Desde otro ángulo, representa el re-nacer del principio monárquico que porta el Estado portaliano y es, por así decirlo, la copia de su acta de nacimiento. “Ideario”, “pensamiento”, “ideología”, remiten a la filosofía de la conciencia y amplifican el protagonismo de los sujetos. Pero el sistema político tiene sus propios mecanismos de reproducción, dispositivos de funcionamiento no imputables solo a las ideas o al “modelo” ideológico.

El texto citado del Prefacio señala: “al criticar esta corriente de pensamiento lo hacemos con el mismo espíritu que guió a Victorino Lastarria en su crítica al régimen portaliano”<sup>16</sup>. Esto se presta a equívocos, porque ese liberalismo se enmarca en la pugna con el conservadurismo de matriz confesional. Si el “espíritu de Lastarria” equivale al “pensar sin tutelajes” –la fórmula que Kant emplea para definir el espíritu de la Ilustración–, la crítica apuntaría a la “democracia tutelada”. Pero la razón ilustrada plantea también la cuestión de hasta qué punto la sociedad se configura conforme a ideas o diseños “racionales”. Los historiadores del siglo XX hablan del “peso de la noche”, la metáfora de inconfundible sello iluminista, acuñada por Portales, para referirse al apoliticismo, que oficia de freno y estabilizador del sistema político. La reserva de Góngora frente a las “planificaciones globales” –los intentos de reconfigurar la sociedad según modelos racionales–, apunta a esto mismo: no es posible “partir de cero”, decía él. El “genio” de Portales consistiría, justamente, en haber dado forma republicana a un Estado que reproducía el sistema de poder del antiguo régimen. Crear una monarquía sin monarca resolvía la cuadratura del círculo: hacer nacer la política desde la no política; una solución reversible, siempre en riesgo de ahogar la política en la anti-política de una dictadura.

Góngora es consistente en su rechazo de la idea de que la sociedad se *construya* o reforme solo con ideas, una tesis, por demás, esencial al neoliberalismo. Hayek<sup>17</sup> en particular, reitera hasta la saciedad, la “fatal arrogancia” del proyecto “socialista”. Consiste en pretender redefinir la sociedad en su conjunto según un ideal moral; eso supone la idea de *bien común*, un indefinible, porque no es posible conocer la totalidad de los intereses en juego. No hay agente económico capaz de visualizar lo que es bueno para todos y tampoco un agente político capaz de hacerlo. Esta crítica al absolutismo de la razón de Estado, reproduce

<sup>16</sup> Lastarria, 1973.

<sup>17</sup> Hayek, 1988.

la crítica kantiana al absolutismo de la razón especulativa<sup>18</sup>. Pero el apoyo de Hayek a las dictaduras del Cono Sur no es consistente con este aspecto de su teoría política, que reclama la prescindencia de la autoridad central.

“No es fácil caracterizar, aunque sea someramente, el concepto de pensamiento político conservador”, afirmaba Carlos Ruiz al comienzo. Esta dificultad, agrega, se acrecienta en el caso de Chile y Latinoamérica”. ¿Por qué sería mayor la dificultad en este caso? “La contraposición entre revoluciones burguesas y monarquías del antiguo régimen” no es suficientemente nítida en esta América, donde el combate al antiguo régimen asumió la forma de una lucha por la autonomía y la formación del Estado. En Europa, el Estado-nación se impuso casi dos siglos antes que se intentara crear Estados nacionales en América, y ese intento coincide acá con la lucha emancipadora. Crear Estado era un modo de legitimar cuerpos políticos inexistentes y la república se había convertido a comienzos del siglo XIX en la forma de organización predominante en el mundo. Darse un Estado acreditaba existencia política y permitía el reconocimiento por parte de los demás Estados. El “nacionalismo”, en este marco, era hasta cierto punto cuestión de sobrevivencia. En Europa, el republicanismo tuvo un claro sesgo laicista, no antireligioso, pero definitivamente secularista; en Latinoamérica, la voluntad de emancipación predominó y hasta se superpuso sobre la república.

La suerte que corrieron los “libertadores” guarda estrecha relación con esta precariedad de la república y el carácter ficcional de los Estados; tan pronto asumieron el gobierno, se convirtieron en dictadores y terminaron sus días en el exilio, lejos de las patrias que contribuyeron a crear: ocurrió con San Martín, Bolívar y O’Higgins. La *Carta de Jamaica*, en más de un aspecto, puede leerse como un manifiesto “conservador”. Ante la pregunta sobre qué régimen de gobierno intentaba instaurar, Bolívar se mostraba dubitativo, y no excluía la monarquía: “¿Quién se habría atrevido a decir tal nación será república o monarquía?”. “Toda idea relativa al porvenir me parece aventurada”, agrega. “Los acontecimientos... nos han probado que las instituciones perfectamente representativas no son adecuadas a nuestro carácter, costumbres y luces actuales”. “Así como Venezuela ha sido la república americana que más se ha adelantado en sus instituciones políticas, también ha sido el más claro ejemplo de la ineficacia

<sup>18</sup> Hegel advirtió esta contribución del liberalismo y la elogió como un aporte “filosófico” de la economía: “Los ingleses llaman filosofía a teorías como, principalmente, la moral y las ciencias morales, derivadas de los sentimientos del corazón humano o de la experiencia; y también... a las teorías y principios relacionados con la economía política. Así es entendido y venerado el nombre de filosofía, por lo menos en Inglaterra. [Canning] felicita a Inglaterra por practicar los principios filosóficos de gobierno y la administración del Estado. Por lo menos en esta acepción, la filosofía no es un simple apodo” (Hegel, 1996, p. 59).

de la forma democrática y federal para nuestros Estados”. La Independencia ha sido “un parto prematuro”, Hispanoamérica “no estaba preparada” para la libertad; él mismo había “arado en el mar”<sup>19</sup>.

Cualquier parecido de familia de estas expresiones con las ideas de nuestros historiadores no es casual. La opinión se repite: la sociedad chilena ‘no estaba preparada para el ejercicio de la democracia’, que es buena para pueblos más maduros y cultos, etc. Pero ¿cuándo ha ocurrido que un imperio reinante durante siglos, deje al replegarse instituciones estables y una paz duradera? La resaca de un poder imperial deja un vacío que solo se llena tras dolorosos desgarramientos, luchas y guerras civiles: nunca se está preparado para la novedad. La magnificación del *Estado portaliano*, en buena medida, es la respuesta a una situación hasta cierto punto compartida por otras naciones del continente. La figura del “Doctor Francia” en Paraguay, no es tan distinta a la de Portales: ambos representan el momento de organización de la república, gobiernan Estados inexistentes y cuerpos sociales sin vida política. A pesar de haber sido erigidos en héroes civiles del Estado, fueron anticaudillistas. Portales vio con claridad el peligro que representaban los militares victoriosos para el orden civil. No les hizo desfilar con un cartel, como los generales romanos, pero se esmeró en mantenerlos a raya<sup>20</sup>.

La figura de Portales está lejos de ser una anomalía en la historia americana del siglo XIX, es una suerte de *universal concreto*; representa el momento de estabilización del Estado, de estructuración de un orden civil: un “momento conservador”. Si se permite la comparación, el llamado “momento maquiaveliano” es aquel en que la república enfrenta el problema de su inestabilidad, una colisión de la tradición y valores del cristianismo con el humanismo cívico y la emergencia de la moderna sociedad comercial. *El príncipe* es un decantado y a la vez un signo de la época; y Maquiavelo no es solo el sujeto autor de una obra, es al mismo tiempo un indicador de la articulación de un discurso con una totalidad histórica. Abarca tanto un campo de ideas como la atmósfera intelectual que lo rodea y que su propia obra contribuyó a crear<sup>21</sup>. En un sentido algo diferente, el “momento portaliano” no se refiere a las ideas de un hombre, sino a un tiempo caracterizado por la colisión entre las aspiraciones libertarias y republicanas, y un régimen de poder heredado, incardinado en las prácticas y costumbres. El “peso de la noche” es lo que resiste y al mismo tiempo hace posible una

<sup>19</sup> Bolívar, 1993, pp. 17 ss.

<sup>20</sup> Los generales romanos victoriosos entraban a la capital en medio de la aclamación popular, pero debían portar un letrero con la leyenda: “recuerda que eres mortal”.

<sup>21</sup> Pocock, 1975.

transformación, como el despuntar del día requiere de la noche. Representa, pues, el “peso de la noche” un principio de continuidad y permanencia, más allá de la voluntad o las ideas de los agentes. El desequilibrio, la inestabilidad y la desintegración, son la condición de posibilidad de ese “momento” inicial. Esta paradoja expresa la ficción del Estado nación, la dificultad del nacimiento del Estado, de crear la política desde la no política.

En lugar de ese momento inaugural, otras naciones tuvieron dictaduras brutales o guerras civiles crónicas, como Venezuela e incluso México. El caso de Haití es el más dramático, porque la Revolución de 1789 tuvo una réplica casi inmediata en esa colonia francesa, pero asumió la forma de una rebelión contra la minoría blanca y no consiguió estructurar un Estado nacional. Puerto Rico reprodujo una situación hasta cierto punto equivalente, en las postrimerías del siglo, cuando renunció a la formación de un ejército nacional y, en lugar de enfrentarse al dominio español, se confió a las fuerzas norteamericanas. No logró constituirse como Estado nacional, y su suerte quedó sellada en el momento mismo que el pueblo de San Juan permitió el ingreso de los *marines* a la ciudad y lo celebró como a un ejército libertador.

A propósito del exilio de los libertadores y de la fractura de su relación con las nuevas elites, se plantea la cuestión sobre si la fundación del Estado ha de ser obra de un solo hombre o de muchos. Maquiavelo, como se sabe, esperaba la unificación de las repúblicas italianas bajo un solo gran Estado, y pensaba que debía ser obra de uno solo: un “nuevo príncipe”. Uno de los puntos de convergencia entre los pensadores analizados es, precisamente, éste: la invención de un héroe civil, un *homo nationalis*, que representa, en cierto modo, la réplica invertida de la espera de Maquiavelo, de un Teseo para Italia. La historia social, en todo caso, no muestra una armadura conceptual semejante. Y cabe preguntar si no contiene, a su vez, una “ideología espontánea”, una disposición que, en lugar de héroes, “canoniza a los mansos y humildes, y detesta a los hombres llenos de gloria mundanal”<sup>22</sup>.

### *Relectura de Encina*

Carlos Ruiz analiza la obra de Encina en relación sobre todo con su “nacionalismo” y sus ideas económicas; el carácter “autoritario” y “elitista” de las mismas le llevaría a adoptar posiciones antiliberales y antidemocráticas. Una reserva sobre el tipo de desarrollo que Encina defiende, dice así: “el proyecto de Encina es

<sup>22</sup> Maquiavelo, 2010.

favorecer el desarrollo de una sociedad capitalista industrial”. Y “la problemática que da sentido a [su] diagnóstico... no es otra que la del desarrollo capitalista industrial”<sup>23</sup>. Analiza este aspecto a través del libro *Nuestra inferioridad económica*, un pequeño clásico de la literatura económica, sobre el que quisiera hacer algún alcance. Por de pronto, es una obra que ha resistido la acción del tiempo y anticipa en varios aspectos nuestro “subdesarrollo exitoso” actual.

Encina advirtió hace más de un siglo un desfase del sistema productivo con respecto a los hábitos de consumo. Se adelantaba en esto a Anibal Pinto quien, en su libro *Chile, un caso de desarrollo frustrado*, con un instrumental analítico y lenguaje más técnico, hace un diagnóstico aparentemente similar. Él habla de *desarrollo frustrado* y Encina de *inferioridad económica*, una diferencia semántica nada trivial: indica que las prácticas económicas no son neutras y configuran un padrón cultural: “consumimos como civilizados, producimos como bárbaros”, decía Encina. La reflexión de Benjamin –“nunca se da una expresión de cultura que no sea a la vez de barbarie”–, es pertinente. El consumo es el fin y el final del proceso productivo, es lo que no deja nada tras de sí, sirve solo a la reposición de la fuerza, pero da estatus y sobre todo, *seduce*. No es creador de mundo, diríamos. *Pro-ducir* significa llevar hacia delante; pero el trabajo mismo no hace libre, como suponía Hegel, aunque quien no trabaja y “únicamente goza”, se convierte en esclavo. La forma de producir y de consumir define nuestra relación básica con el mundo, un asunto que no registran las estadísticas. Pinto cita constantemente a Encina, pero enfatiza solo los aspectos económicos: las riquezas básicas no bastan para echar las bases de un desarrollo industrial. Y agrega, en la línea del ideario de CEPAL: la agricultura ha sido el “gran freno del desarrollo industrial de Chile”; de allí el título de su libro: *un caso de desarrollo frustrado*. Lo cierto es que han transcurrido, desde entonces, más de sesenta años y la agroindustria es el único sector, junto con la gran minería del cobre, que logró posicionarse en el mercado externo; pero no solo no ha habido desarrollo industrial sino que las escasas industrias que alguna vez existieron, no lograron sobrevivir a la apertura de los mercados. Desaparecieron las industrias del menaje, las textiles, las cristalerías y muchas otras. Codelco, una de las mayores productoras de cobre del mundo, durante el auge de los precios, fue saqueada conforme a la ley, es decir, como lo autoriza la Ley Reservada del Cobre, que otorga el 10% de las ventas brutas a las Fuerzas Armadas, un gravamen suficiente para arrastrar a la ruina a cualquier empresa. Al no establecerse ningún control sobre el gasto de esos enormes recursos, buena parte de ellos se malgastó o fue a parar a

<sup>23</sup> Ruiz y Cristi, p. 57 y p. 59.

los bolsillos de sus administradores, (la mayoría oficiales de carabineros o militares). Codelco produce actualmente, en 2016, a pérdidas, ha tenido que endeudarse para cumplir con esa obligación y no se fabrica ni un tornillo de cobre en Chile. Desapareció la única manufacturera del metal que había, y ya no se habla siquiera de la “segunda fase exportadora”, una no solo extractiva. El cobre no fue “la viga maestra” del desarrollo industrial, como se suponía; y la agricultura tampoco “frenó” nada. Ha habido una transformación en el agro, que es un fenómeno de causalidad múltiple y de “larga duración”. El efecto sinérgico de cada modificación induce a concebir dicha transformación como unicausal y atribuirlo a la Reforma Agraria. Esta ley, que no produjo ningún alza en la producción ni en la productividad, no tuvo a la postre mayor efecto sobre la propiedad de la tierra. La modernización silvo-agropecuaria de las últimas décadas coincide cronológicamente con la apertura del mercado externo, en cambio, tiene un desfase de unos quince años con la Ley de Reforma Agraria.

Pinto, aparentemente, se ciñe a Encina, pero en lo esencial lo reduce y tergiversa. Lo que él sigue al pie de la letra es la ideología de CEPAL. En un punto coinciden: el trabajo limitado a la extracción es sustento de hoy y hambre para mañana. La diversificación, en todo caso, es un indicador más significativo que la cantidad, porque supone diversidad de aptitudes, capacidades conocimientos. Encina no cae en la trampa de enaltecer el “desarrollo” jurídico-político, que puede ser un indicador engañoso: compatible con partidos clientelistas, burocracias exuberantes e instituciones maleadas; en suma, con un sistema político desvirtuado y deslegitimado. Chile no es más desarrollado políticamente que Finlandia, Bélgica, Suiza o EE.UU., y sus parlamentarios reciben remuneraciones más altas que sus homólogos de esos países. Entre los miembros de la OCDE, Chile aparece en los últimos lugares en todos los indicadores, salvo en la carga impositiva, donde figura en la mitad del cuadro.

El diagnóstico de Encina puede leerse como el anuncio de nuestro actual “subdesarrollo exitoso”, de protectorado globalizado. Su “nacionalismo” económico y su énfasis en la educación profesional y técnica puede interpretarse como el contrapunto de ese engañoso “sobre-desarrollo relativo jurídico-político”, y como un reparo frente al imposible desarrollo sustentado en “burguesías estatales”<sup>24</sup>.

En el análisis del pensamiento de Jaime Eyzaguirre, Carlos Ruiz destaca su corporativismo y su hispanismo, informados ambos por su antiliberalismo. Aunque se les considera historiadores, Ruiz advierte que los autores analizados se dedicaron al estudio de la historia después de publicar numerosos ensayos

<sup>24</sup> Rama, 1998.

y artículos sobre esos temas. Este análisis no se refiere, pues, al trabajo historiográfico propiamente tal, sino a ciertos asuntos de interés común, sobre los cuales ellos se pronunciaron como intelectuales que “hacen uso público de la razón”<sup>25</sup>. El caso de Góngora es ilustrativo: solo en el *Ensayo sobre la noción de Estado en Chile*, una obra tardía, se encuentra la síntesis de su pensamiento. Propone allí una *imagen de Chile*, en un lenguaje que no es el del especialista comunicando el resultado de su investigación sino el del intelectual público.

En cuanto al “hispanismo” de Eyzaguirre, se distingue de lo que se entiende comúnmente por “nacionalismo” y el tema cabe bien en la cuestión de las identidades, un asunto que Carlos Ruiz aborda en obras posteriores, y que suele estimarse un motivo “conservador”. El argumento es el siguiente: en la afirmación de “identidad” se resalta lo singular y distintivo de un colectivo, en perjuicio de lo universal. Un Estado que se autodefine, por ejemplo, como “islámico”, “judío”, “germánico” o “católico”, es constitutivamente excluyente, pues determina como excedentarios a todos los que no pertenecen a esa etnia o no profesan esa religión o ese credo. No hace mucho, en Francia, el presidente Sarkozy creyó del caso plantear la cuestión de la identidad nacional; y surgieron voces que impugnaron el carácter “reaccionario” de la pregunta, incluso su “racismo”. Alan Badiou le enrostró que esa cuestión encerraba esta otra: ¿Quiénes son los ‘buenos franceses’ o los franceses ‘de verdad’? Y los ‘malos’ serían, por cierto, los argelinos, marroquíes, africanos y asiáticos<sup>26</sup>. Entre nosotros, recordemos, el discurso del poder no hablaba de ‘buenos chilenos’, pero sí de ‘chilenos bien nacidos’. Y la lista de “mal nacidos”, naturalmente, era copiosa: siempre hay muchos que no llenan el gusto del que define qué es ser ‘bien nacido’. Jacques Ranciere apunta a otro aspecto de esto mismo cuando afirma que “la extrema derecha está volviendo a ser exitosa en su evocación de símbolos identitarios muy primitivos”. A falta de motivos de identificación genuinos, se estaría produciendo “desde arriba, una especie de identificación imaginaria”<sup>27</sup>.

Pero el problema que plantean los reclamos identitarios consiste en que la teoría liberal clásica supone una igualdad genérica, jurídica, de los sujetos, independientemente de su credo, etnia o género. Esa *igualdad* hace tabla rasa de las particularidades, permanece en la universalidad del concepto; por eso se la califica de “formal” y “abstracta”. La afirmación de una identidad intenta el reconocimiento de un derecho, de una diferencia o de un derecho a la diferencia.

<sup>25</sup> Kant, 2004.

<sup>26</sup> Badiou, 2010, pp. 25ss.

<sup>27</sup> Ranciere, 2010.

Al definir a todos los individuos como “iguales en derecho”, se los supone sin una pertenencia o adscripción determinada: son todos sujetos *humanos* neutros, sin patria, sin sexo, sin edad. El reclamo de una de esas particularidades queda neutralizado y acallado, ya que subsumido en un universal que “no hace distinciones”.

Esta dificultad es, en esencia, la misma que Carlos Ruiz plantea en otra ocasión, a propósito de Hannah Arendt, cuyo pensamiento no incorporaría las diferencias de identidad, a pesar de su propia condición de “mujer” “judía”; su énfasis en la república invisibilizaría el problema de las diferencias y no procuraría una respuesta adecuada al dilema universalismo/ particularismo<sup>28</sup>. Arendt no fue ajena, sin embargo, a este problema, pero lo abordó en relación con otros asuntos. Su rechazo del *Estado germánico*, por ejemplo, no se sustenta en motivos “raciales”; también se opuso al Estado de Israel cuando advirtió que actuaba como un Estado sionista. Su afirmación del primado de los derechos civiles sobre los derechos humanos, y su reticencia frente a éstos, responde a lo mismo: esos derechos afirman solo lo humano genérico. Basta privar a alguien de su nacionalidad –v.gr., la alemana a un judío– para privarle de todo derecho incluso del más básico: “el derecho a tener derechos”. Ser alemán es preferible a ser humano, porque ser *solo humano* no garantiza los mismos derechos. A menudo recurre a la humorada de Anatole France para ilustrar la trampa del universalismo: “La ley en su suprema sabiduría prohíbe a todos por igual, ricos y pobres, habitar bajo los puentes”.

Lo que quisiera enfatizar, sin embargo, es la polivalencia de la cuestión de la “identidad”, su carácter *transversal*: no es necesariamente, un motivo “conservador”. La exclusión de una minoría se intenta legitimar, precisamente, recurriendo al concepto de igualdad genérica, jurídica, de los sujetos. En este punto, me parece, Carlos Ruiz aborda este problema desde un ángulo distinto a Badiou, Ranciere o incluso Derrida<sup>29</sup>, quienes ven la cuestión de las minorías asociada sobre todo al problema de los inmigrantes. Pero, ¿es equivalente el problema que plantean los inmigrantes al de los mapuches o cualquier otro pueblo originario?

En cuanto al “hispanismo” de Jaime Eyzaguirre, en buena medida está dictado por su catolicismo; no responde solo a un conservadurismo político. La fundación republicana la ve como “un acto de apostasía” y de “traición”: lo religioso y lo político se juntan en este juicio. El hispanismo ¿sería un reclamo “conservador” ya que apela a un ser colectivo, que se trata de preservar?

<sup>28</sup> Ruiz et al., 2015, p. 103ss.

<sup>29</sup> Derrida, 2001.

Aparentemente, “sí”; ¿Y si se trata de una lengua? Las políticas que defienden el monolingüismo en nombre de la unidad nacional o de su homogeneidad se les considera “conservadoras”, en contraposición a los reclamos “progresistas” de las lenguas minoritarias. Si la defensa del castellano es equivalente a la del mapudungun o la del francés en Quebec, y todos son motivos “progresistas”, significa que la identidad lingüística funciona como motivo “progresista” o “conservador”, según el punto de vista, minoritario o mayoritario, que se adopte.

En todo caso, el tema de las identidades surge en el trabajo de Carlos Ruiz después de la publicación de la primera edición de *El pensamiento conservador*. Por lo menos el libro que publicamos en conjunto sobre ese tema, es de 2014<sup>30</sup>. La segunda edición de *El pensamiento conservador* (2015) reproduce sin enmiendas, lo referente a este tema.

### *Salida*

Es posible aislar ciertos núcleos conceptuales en algunos historiadores de la política y configurar una suerte de modelo de “pensamiento conservador”. La “genealogía”, junto con resaltar el carácter relacional del “conservadurismo”, enfatiza su carácter agonístico y su referente institucional; sugiere la hipótesis de un “momento conservador”, que correspondería a una recomposición institucional y a una reiteración del origen. Esta hipótesis atenúa el protagonismo de los sujetos y cuestiona el poder constituyente del “ideario conservador”, salvo el que se le reconoce en el orden jurídico-constitucional. En lugar de situar dicho “ideario” en el origen del Golpe, la “genealogía” invierte el argumento y sugiere que la dictadura provoca un efecto de iluminación del pasado, procurando una articulación y sentido unitario a autores que presentan diferencias significativas, a pesar de sus afinidades; permitiría, en fin, la “genealogía, desmarcarse de nociones como “ideario” o “modelo” de pensamiento, que pertenecen a la filosofía del sujeto.

El adjetivo “conservador” aplica también a una institucionalidad o a un régimen social: el feudalismo sería el régimen “conservador” por excelencia y el capitalismo “el sistema más revolucionario de la historia humana”: ha “ahogado el sentimentalismo pequeño burgués, el éxtasis de la bella alma religiosa y el entusiasmo caballeresco, en las aguas congeladas del cálculo egoísta”; ha destruido “todo lo que era sólido y estable” y profanado “todo lo sagrado”<sup>31</sup>.

<sup>30</sup> Ruiz y García de la Huerta, 2014.

<sup>31</sup> Marx y Engels, 1971.

La división del mundo durante el siglo XX respondía a un antagonismo sobre todo político; había una fundamental correspondencia y simetría entre el capitalismo de Estado y el socialismo de Estado. El “fin de las ideologías” –su pérdida de protagonismo– puso en evidencia esa simetría. A comienzos del siglo XX, la Revolución rusa sacudió el tablero del mundo, y al final del siglo, el desplome de la URSS cambió nuevamente el cuadrante de la historia. No solo significó un golpe de muerte a los “socialismos reales”, redefinió los términos de la oposición conservadurismo/ liberalismo, convertidos ahora en nociones limítrofes, en contraposición a *socialismo*. La crisis del socialismo tuvo un efecto retardado, igualmente devastador, sobre los partidos. Provocó una descompresión de la confrontación ideológica, pero convirtió a los partidos “revolucionarios” en aparatos de administración del poder; sustituyeron su intento de liquidar el capitalismo por el más modesto y realista, de construir un capitalismo con rostro humano. La política que presumía encarnar una “causa de la humanidad”, fue arrumbada y la anunciada “extinción del Estado” sufrió la misma suerte que la abolición de las “clases”. En clave filosófica, esto puede leerse como la crisis del hegelianismo y de la filosofía de la historia. Si la economía clásica contiene un aporte “filosófico” (Hegel) –un principio de gobierno–, la inexistencia de una economía socialista es su réplica y equivalente. La última y más audaz tentativa de enmendar rumbos, la de Mao, de hacer una revolución comunista en un Estado socialista, provocó el efecto exactamente inverso: abrió la China a una expansión frenética del capital, privándola al mismo tiempo del discreto encanto de las “democracias burguesas”. El cambio de régimen en los dos mayores Estados socialistas tuvo un efecto demoledor en América Latina, donde “gobierno progresista” y economía en ruinas casi devinieron sinónimos. El Estado soviético volvió a ser *ruso* y la palabra “revolución”, asociada al socialismo, renació en las “revoluciones conservadoras”. La paradoja de un Estado “comunista”, que defiende el libre cambio contra el proteccionismo del Estado baluarte de la globalización, muestra el carácter estratégico de ciertas “verdades científicas” y ratifica el carácter agonístico del “conservadurismo”.

### *Bibliografía*

ARENDRT, HANNAH, *Ensayos de comprensión 1930-1954*, Caparrós Editores, Madrid, 2005.

\_\_\_\_\_ *Entre el pasado y el futuro*, Península, Barcelona, 1996.

BADIOU, ALAN, *L'explication*, Lignes, Paris, 2010.

BELL, DANIEL, *El fin de las ideologías*, Tecnos, Madrid, 1960.

BOLÍVAR, SIMÓN, *Carta de Jamaica*, en Fuentes de la Cultura Latinoamericana, FCE, México, 1993.

- DERRIDA, JACQUES, *La hospitalidad*, Península, Buenos Aires, 2001.
- EDWARDS, SEBASTIÁN, *Memorias*, Anagrama, Madrid, 2016.
- EDWARDS VIVES, ALBERTO, *La fronda aristocrática*, Editorial Universitaria, Santiago, 1982.
- ENCINA, FRANCISCO ANTONIO, *Nuestra inferioridad económica*, Editorial Universitaria, Santiago, 1976.
- EYZAGUIRRE, JAIME, *Fisonomía histórica de Chile*. Editorial Universitaria, Santiago, 1973.
- GÓNGORA, MARIO, *Ensayo sobre la noción de Estado en Chile en los siglos XIX y XX*. Editorial Universitaria, Santiago, 1986.
- HABERMAS, JÜRGEN, *Perfiles filosófico-políticos*. Taurus, Madrid, 2000
- HAYEK, FRIEDRICH, *La fatal arrogancia. Lo errores del socialismo*, Unión Editoril, Madrid, 1988
- HEGEL, WILHELM FRIEDRICH, *Lecciones sobre historia de la filosofía*. Fondo de Cultura Económica, México, 1996.
- \_\_\_\_\_ *Filosofía del derecho*, Sudamericana, Buenos Aires, 1975.
- HEIDEGGER, MARTIN, Revista *Der Spiegel*, *Gespräch mit Heidegger*, 31/V/1976. (“Ya solo un dios puede salvarnos”, Tecnos, Madrid, 1986)
- KANT, EMANUEL, *¿Qué es la Ilustración?* Terramar, Buenos Aires, 2004
- LASTARRIA, JOSÉ VICTORINO, *Portales, juicio histórico*, Editorial del Pacífico, Santiago, 1973.
- MANNHEIM, KARL, *Conservative Thought*, Oxford University Press, Nueva York, 1971.
- MAQUIAVELO, NICOLÒ, *El príncipe*, Alianza, Madrid, 2010.
- MARX Y ENGELS, *Manifiesto comunista*, Universitaria, Santiago, 1971.
- NIETZSCHE, F. W., *Así habló Zaratustra*. “El nuevo ídolo”. Werke in drei Bänden, Karl Hansen Verlag, Munich, 1960.
- PINTO, ANÍBAL, *Chile, un caso de desarrollo frustrado*. Editorial Universitaria, Santiago, 1973.
- POCOCK, JOHN G.A., *The Maquiavellian Moment*, Princeton University Press, Princeton, 1975 (*El momento maquiavélico*, Tecnos, Madrid, 2002).
- RAMA, ÁNGEL, *La ciudad letrada*, Editorial Arca, Montevideo, 1998.
- RANCIERE, JACQUES, *Política, policía, democracia*, Lom, Santiago, 2006.
- \_\_\_\_\_ *Momentos políticos*, Capital Intelectual, Buenos Aires, 2010.
- RUIZ, CARLOS Y CRISTI R., *El pensamiento conservador en Chile*, Editorial Universitaria, Santiago, 2015.

RUIZ, CARLOS Y GARCÍA DE LA HUERTA, MARCOS, *Construcción de identidades, creación de sentido*, Editorial Universitaria, Santiago, 2014.

RUIZ, CARLOS Y OTROS, *Reflexiones sobre política y cultura en Latinoamérica*, LOM, Santiago, 2015.